



PACIFICO

MAGAZINE

NOVIEMBRE
1910

Precio
UN PESO

EL BORDADO INCONCLUSO

Por _____

DANIEL DE LA VEGA

Comedia estrenada recientemente en el Palace

Al artista

N. YÁÑEZ SILVA

En testimonio de sincera admiración

D. de la V.



Ilustraciones fotográficas

PERSONAJES

LUCIA.
SAMUEL.
DOÑA BERTA.
ALICIA.

ESTER (criada).
JUAN.
UN CRIADO.

ACTO UNICO

La escena representa una salita íntima de casa provinciana. Al fondo una ventana que dá a un jardín. Una puerta a la izquierda que comunica con el interior de la casa, y otra a la derecha que dá a la calle. En una de las paredes habrá un espejo. En el centro de la sala una mesa con algunos libros y útiles de costura.

PROLOGO

La monótona vida provinciana ruedaolorosa, tímida, inocente, llora un cantar, resonga una campana y las tardes se apagan mansamente.

Las muchachas detrás de los balcones contemplan florecer las primaveras, y entreteñen sus locos corazones con quimeras, quimeras, y quimeras...

¿No viene el novio? Y tienden la mirada sobre las soledades de la vía...
¿Viene el novio?—preguntan—¿viene?... ¡nada!
Y suspiran—; No viene todavía!...

Todo es monótono en el pueblo. Todo duerme una siesta blanda y conventual, todo sigue rodando de igual modo, igual la angustia y el paisaje igual...

Alguna vez penetra en una casa el amor loco, lírico y triunfal; deja en el aire ensueños... pero pasa... Y el pueblo sigue exactamente igual...

¿Pasó el amor?—pregunta la campana:
Un curioso pregunta: ¿Quién lo vió?...
¿Pasó el amor? Y en la quietud poblana Ninguno sabe si el amor pasó...

Pero el poeta que escribió este cuento dice que cuando empieza a atardecer, los corazones saben que en el viento hay humedad de llanto de mujer...

Sobre este asunto rueda la historieta tejida con vellones de emoción. la escucharéis de labios del poeta como de corazón a corazón.

ESCENA I

Lucia y Ester

ESTER.—(Poniendo en orden los libros de la mesa). ¿Y qué edad tenían entonces?

LUCIA.—(Sentada junto a la mesa, bordan-
do una rosa). Samuel, doce; yo, diez.
Me acuerdo perfectamente de los trajes que usaba, de las blusas marineras, los cuellos azules y las gorras con letras doradas...

ESTER.—¿Vivían cerca?

LUCIA.—Nuestras casas estaban casi juntas. Eran dos propiedades que adquirió mi tío un año antes de morir. Caserones viejos con grandes patios con palmeras.

ESTER.—De esas casas me ha hablado la señora.

LUCIA.—Mamá les tenía mucho cariño. Samuel vivió en ellas hasta que cumplió catorce años. ¿Lo conociste tú entonces?

ESTER.—No.

LUCIA.—Era un chiquillo muy simpático, muy loco, y sobre todo perezoso. No

estudiaba, no quería estudiar. A veces yo le aconsejaba: Estudia, Samuel, pronto tendrás que ganarte la vida con tu trabajo, y si no estudias...

ESTER.—¿Y le hacía caso?...?

LUCIA.—¿Si me hacía caso? ¿A qué te refieres tú?

ESTER.—A que si le obedecía.

LUCIA.—¡Ah!... no... me hablaba de las partidas de foot-ball, de los estrenos teatrales, y de muchísimas tonterías que le llenaban la cabeza de humo... ¡y tan enamorado!

ESTER.—¿Enamorado?

LUCIA.—Si tú hubieras visto que ojazos nos ponía al hablar... ¡paliquero como ninguno!

ESTER.—Y yo que lo creía tan serio.

LUCIA.—¿Serio? A los quince años tuvo un amorío célebre con la domadora de un circo inglés. ¡Si tú lo hubieras conocido!

ESTER.—¿Y escribía ya?

LUCIA.—Es claro. Me acuerdo de un madrigal que empezaba

Deja besarte en los ojos
para sentirte dormida...

ESTER.—Versos que serían para Ud., naturalmente.

LUCIA.—(Sonriendo). Cállate, tonta.

ESTER.—¿Soy indiscreta?

LUCIA.—No... indiscreta no...

ESTER.—Entonces, permítame ser curiosa.

LUCIA.—¿Qué quieres saber?

ESTER.—Si eran para usted esos versos.

LUCIA.—¡Vaya!... te lo diré... creo que sí...

ESTER.—(Maliciosa). ¿Cree?

LUCIA.—Es claro. ¿Va una a estar segura de eso?

ESTER.—¿Por qué no?

LUCIA.—Tú no conoces a los hombres...

ESTER.—Pero Ud. podría saberlo.

LUCIA.—¿Cómo?

ESTER.—Si le concedió lo que pedía....

LUCIA.—¿Lo que me pedía?

ESTER.—Si. Besaría en los ojos...

LUCIA.—¡Vaya! Nunca... ¡Piden tanto los hombres!

ESTER.—¿Y don Samuel pidió mucho?

LUCIA.—Mucho, pero todo imposible.

ESTER.—¿Imposible?

LUCIA.—Todo.

ESTER.—¿Ud. recuerda los versos?

LUCIA.—Algunos....

ESTER.—Todos no.

LUCIA.—No...

ESTER.—¿Qué olvidadiza!

LUCIA.—Si no sé al los recuerdo.

ESTER.—Pruébalo.

LUCIA.—¿Qué exigente eres!

ESTER.—Pero, señorita, como no los va a recordar...

LUCIA.—Espérate... algo... empezaban así...

Deja besarte en los ojos
para soñarte dormida,
deja beber en tus labios
todas mis risas perdidas...

ESCENA II

Dichos y Alicia

ALICIA.—Versos del primo, ¿eh?

LUCIA.—(Sorprendida). ¡Ah! ¿Eras tú?

ALICIA.—No te asustes, hermanita, a tu edad es perdonable eso y mucho más...

LUCIA.—¿Por qué lo dices?

ALICIA.—Por nada.

LUCIA.—Cree que te molestaba que recordara versos de Samuel.

ALICIA.—¿Molestarme? Pero si yo también lo hago, y creo que tú no te pondrás celosa.

LUCIA.—(Bruscamente). ¿Celosa?

ALICIA.—No te ofendas.

LUCIA.—No me ofendo, pero creo que tus palabras...

ALICIA.—No seas loca, yo te explicaré. (Dirigiéndose a Ester). Sal, tú. (Sale Ester).

LUCIA.—¿Es tan serio lo que tienes que decirme?

ALICIA.—Serio, no, pero me gustan poco las criadas para confidentes.

LUCIA.—¿Es un reproche?

ALICIA.—Déjate de sensiblerías. Te gusta Samuel, ¿verdad?

LUCIA.—Demasiado audaz la pregunta.

ALICIA.—Contéstame, ¿te gusta Samuel?

LUCIA.—¿Gustarme?... te diré francamente... algo... sí... ¡y por qué me lo preguntas?

ALICIA.—Después lo sabrás.

LUCIA.—¿Difícil me parece!

ALICIA.—Dime, ¿y no les has olvidado en estos dos años que no le has visto?

LUCIA.—Pero ¿a qué vienen estas preguntas?



"Pero el poeta que escribió este cuento..."

ALICIA.—Contéstame. ¿No le has olvidado en...

LUCIA.—No.

ALICIA.—¿Qué rara eres!

LUCIA.—¿Por qué? No te has fijado que la distancia hace más codiciable las cosas y las personas.

ALICIA.—¿Puede ser!

LUCIA.—Lo es.

ESCENA III

Dichas y doña Berta

DOÑA BERTA.—¿Siempre discutiendo?

ALICIA.—(Cogiendo un libro de la mesa).

No, mamá, leíamos versos del primo.

DOÑA BERTA.—Perdiendo el tiempo... de esta manera se comprende que Lucía no concluya su trabajo.

LUCIA.—Pero, mamá, si es tan difícil.

DOÑA BERTA.—Qué va a ser difícil. Cuando yo bordaba terminaba tres paños a la semana.

ALICIA.—Bueno. Concluyan la polémica, que voy a leer.

DOÑA BERTA.—¿Versos?

ALICIA.—Sí.

LUCIA.—Lee esos de la vida gitana.

ALICIA.—¿Cuáles?

LUCIA.—Los de las golondrinas.

ALICIA.—Ah! ya. (Buscando las páginas).

Diecinueve, veinte y dos, treinta y cinco... aquí está (Leyendo). Errancia gitana.

Golondrinas viajeras
formamos nuestros goces
con luces de quimeras
y temblores de adioses.

En esta edad traviesa
nuestras almas se abrasan
en la vaga tristeza
de las cosas que pasan...

Y mueren los amores,
y del pasado cálido
no restará mas que
un puñado de flores
y un recuerdo muy pálido
de la que ya se fué...

LUCIA.—Esos versos retratan a Samuel.

DOÑA BERTA.—Saben ustedes dónde los escribió.

LUCIA.—¿Dónde?

DOÑA BERTA.—En Méjico.

ALICIA.—¿En México?

DONA BERTA.—Es claro; cuando tuvo la donosa ocurrencia de echarse a vagar con esos titiriteros enamorados de la luna.

ALICIA.—Ah! sí... locuras de la edad.

DONA BERTA.—¿De la edad? Si tiene veinticinco cumplidos, y todavía nadie le saca de la cabeza los viajes y la bohemia. Anda a ver, Alicia, si regaron las plantas del corredor.

ALICIA.—Sí, mamá, están regadas.

DONA BERTA.—Anda a ver.

ALICIA.—¿Pero si las regué yo!

LUCIA.—Mamá, que son las cuatro.

DONA BERTA.—Tú sabes que Samuel dice que los artistas y los aristócratas deben llegar atrasados a todas partes.

ALICIA.—Eso sí el tren le oyera.

DONA BERTA.—Tu primo es poeta, y los poetas son capaces de empalmar a un ferrocarril.

ALICIA.—Hablas mal de los poetas, mamá.

LUCIA.—Si no fuera por ellos...

DONA BERTA.—¿Qué sucedería?

LUCIA.—Nada.

DONA BERTA.—¿Entonces?

LUCIA.—Si no fuera por ellos que llenan de versos nuestras vidas reclusas, las tardes parecerían más largas y más tristes.

ALICIA.—Romántica estás, hermana.

LUCIA.—Puede ser. Alicia; romanticismos míos que son tuyos también.

ALICIA.—¿Míos?

LUCIA.—Tuyos también. Yo sé que en las tardes más nubladas y frías, cuando te encuentras sola, rompes a cantar... ¿por qué cantas?

ALICIA.—Canto... porque sí...

DONA BERTA.—Esa es la razón de los niños... porque sí...

LUCIA.—Y la de los poetas, mamá. Porque la poesía es una cosa inexplicable, que nos habla al oído tan quedo, tan quedo, que una no sabe lo que dice, pero lo adivina... y apasiona y encanta sólo porque sí...

DONA BERTA.—Te diré que la poesía me molesta desde que Samuel se ha empeñado en vivir vagando.

LUCIA.—Pero, mamá, ¿qué culpa tiene él?

DONA BERTA.—¿La tenemos nosotras?

LUCIA.—Nosotras no. Samuel ha nacido con el corazón viajero, y naturalmente

no puede vivir en este rincón provinciano mirando como se van los trenes y las golondrinas...

ESCENA IV

Dichas y Ester

ESTER.—(Entrando apresurada). ¡Señora! ¡El coche! Debe ser el señorito Samuel!

(Todas se ponen de pie).

DONA BERTA.—¿Ya? ¿Dónde? (Sale).

LUCIA.—Si es hora... las cuatro.

ALICIA.—No sentimos el tren. (Sale arreglándose el peinado).

LUCIA.—(Ansiosamente a Ester). ¿Lo viste tú?

ESTER.—No, pero supongo que será él.

LUCIA.—(Arreglándose el peinado frente al espejo). Asómate... ¿es él?

ESTER.—(Asomándose a la ventana). Todavía no se ve. ¡Pero, señorita, Ud. está muy nerviosa!

LUCIA.—(Riendo). No tonta, nerviosa no... ¿Dónde está mamá?

ESTER.—En la puerta.

LUCIA.—¿Viene?

ESTER.—No se ve aún.

LUCIA.—¿Y Alicia?

ESTER.—Ahí está, pero...

LUCIA.—¿Qué?

ESTER.—El señorito Samuel! Sí, es él!

LUCIA.—(Mirándose el vestido). ¡Y yo así!

ESTER.—¿Y qué tiene?

LUCIA.—¡Una facha lamentable, hija!

ESTER.—¿Quiere cambiar traje?

LUCIA.—No, voy así. (Sale).

ESTER.—(Dirigiéndose al público). ¿Os lo ha dicho a vosotros? Supongo que no... Tampoco me lo ha dicho a mí... Pero está tan nerviosa y tan alegre... Estos últimos días ha pasado leyendo sus versos... Pero... no os lo digo... La señorita Lucía me acusaría de indiscreta... Vosotros lo sabéis, ¿verdad? (Sale sonriendo).

ESCENA V

Doña Berta, Alicia, Lucía y Samuel

DONA BERTA.—Entra. Vendrás muy cansado.

SAMUEL.—No, tía, absolutamente.

ALICIA.—Pero el viaje fué largo.

SAMUEL.—La costumbre, prima, ¿te cansas tú de permanecer aquí?

LUCIA.—Algunas veces.

SAMUEL.—Ah! tú... algunas veces te fastidias ¿eh?

DOÑA BERTA.—Pero, siéntate, niño.

SAMUEL.—(Sentándose). A tu edad es natural eso; pero no es fastidio; es el poquito de impaciencia que llevan todas las muchachas en el corazón... ¿Te gustaría viajar, Lucía?

LUCIA.—¿Viajar?... Sí...

ALICIA.—¿Vienes a contagiarnos de tu mal?

SAMUEL.—No. Respeto esta tranquilidad provinciana, pero...

DOÑA BERTA.—En ella te fastidiarías.

SAMUEL.—Sí; no lo puedo negar, me fastidiaría.

ALICIA.—Poco favor le haces a nuestro pueblo.

SAMUEL.—No creas. El pueblecito es pintoresco, y las poblanas son bonitas...

ALICIA.—¿Galanterías?

SAMUEL.—Nada de eso. Aquí los días de sol han de ser triunfales, pero las tardes y las noches...

DOÑA BERTA.—Yo mato las horas tejiendo.

SAMUEL.—No sé tejer, tía...

ALICIA.—Yo leo tus versos a Lucía ¡muy bonitos!

SAMUEL.—¿Galanterías?

ALICIA.—Nada de eso.

LUCIA.—Fíjate, Samuel; y yo tengo el buen humor de estar cuatro meses bordando esta misma rosa.

SAMUEL.—(Mirando el bordado). ¡Pero qué bien bordas, prima!

LUCIA.—¿Galanterías?

SAMUEL.—No, lo digo de verdad. ¿Y para quién es esa rosa? ¿para mí?

LUCIA.—Si tú la quieres...

SAMUEL.—¿Vaya una pregunta!

DOÑA BERTA.—¿Y para qué la pides?

SAMUEL.—Conozco el valor de una rosa bordada por manos de mujer.

ALICIA.—No seas paliquero, primo.

SAMUEL.—No, Alicia. Mientras las mujeres trabajan, ponen sobre su labor vellos de ensueño. En cada bordado hecho por manos femeninas hay más lirismo y espiritualidad que en un madrigal.

DOÑA BERTA.—¿Romanticismo de hoy?

SAMUEL.—No tía, muy antiguos. ¿No se han fijado Uds. que todas las costureritas que se divisan detrás de las ven-



LUCIA.—"No seas paliquero, primo".

tanías de las grandes casas de modas, tienen ojos de ensoñadoras?

DOSA B.—¡Niño! ¿Te has dedicado a las costureritas?

LUCIA.—¿Con qué esas teníamos?

ALICIA.—¿Te vendieron tus romanticismos, primo?

SAMUEL.—¡Pero Uds. las provincianas son muy celosas!

LUCIA.—¿Las cosmopolitas no son así?

SAMUEL.—No digo eso, Lucía, pero me extraña esa creencia infundada de ustedes.

DOSA B.—Con tu permiso, Samuel, yo sigo mi tejido. (*Cogiendo la labor*).

SAMUEL.—Lo tiene tía. (*Dirigiéndose a Lucía*). ¿Y tú no continúas la rosa? Te lo exijo, porque me pertenece.

LUCIA.—Aún es mía.

SAMUEL.—Y me contarás en qué has pensado mientras trabajabas.

LUCIA.—¡Vaya! Eso no.

SAMUEL.—¿Por qué? Tienes secretos para mí?

LUCIA.—Secretos, no, pero...

SAMUEL.—¿Pero qué?

LUCIA.—Pero no te los quiero decir.

SAMUEL.—Y a otra persona, ¿se los dirías?

LUCIA.—Sí.

SAMUEL.—¿Y a mí no?

LUCIA.—No.

SAMUEL.—¿Nunca?

LUCIA.—Tal vez... algún día...

SAMUEL.—Siquiera me dejas el consuelo de saber algún día lo que has pensado bordando esa rosa.

DOSA B.—Uds. están empalagosamente románticos. Voy a ver si esta (*Señalando a Alicia*), regó las plantas del corredor. (*Sale*).

ESCENA VI

Los mismos, menos doña Berta

ALICIA.—Si las regué, mamá. Ahora pueden proclamar la República del Romanticismo.

SAMUEL.—La proclamamos; y Lucía comenzará por confesarme en quién ha pensado mientras trabajaba.

LUCIA.—Te he dicho que a tí menos que a nadie.

SAMUEL.—¡Caprichosa!

ALICIA.—¿Y por qué, entonces, tú no nos cuentas tus secretos?

SAMUEL.—Si yo no tengo secretos.

ALICIA.—Tus aventuras, tus viajes.

SAMUEL.—Los contaré cuando me formalice.

ALICIA.—¿Y cuándo será eso?

SAMUEL.—Nunca.

LUCIA.—Tiene gracia tu ofrecimiento.

ALICIA.—¿De manera que no piensas retirarte a una vida tranquila?

SAMUEL.—No, prima, no podría.

ALICIA.—¿Pero por qué?

SAMUEL.—Por que no; porque la bobemia está en la sangre; es tan hermoso marcharse... de cualquier modo que sea, pero marcharse... irse...

LUCIA.—¿Qué loco eres!

SAMUEL.—No es locura. Dime, cuando miras en las tardes desde la ventana como pasan y pasan los trenes, ¿no sientes deseos de marcharte también?

LUCIA.—Mira... no sé... pero me parece que sí...

SAMUEL.—Y en el otoño, cuando emigran los pájaros, y ves que se van alejando, que se van perdiendo en el horizonte, ¿no sientes una tristeza muy honda?

LUCIA.—Pero qué preguntón eres, Samuel.

SAMUEL.—Respóndeme, ¿no envidias a los pájaros que se van?

LUCIA.—No.

SAMUEL.—Mentirosa.

LUCIA.—(*Sonriendo*). ¿Y cómo lo sabes?

SAMUEL.—Ahí está la ciencia de los poetas. Ya ves como acerté.

LUCIA.—Eso, ¿quién sabe!

SAMUEL.—¡Porfiada! Mujer al fin.

ALICIA.—Cuidado, caballero, más respeto para el sexo.

SAMUEL.—No te enfades, primíta, que tú todavía no eres mujer.

ALICIA.—¿Cómo que no?

SAMUEL.—Aún no eres bastante hábil en el llorar y en el mentir.

ESCENA VII

Dichos y doña Berta

DOSA B.—(*Entrando*). Si lo es.

ALICIA.—¿Por qué?

DOSA B.—Las plantas del corredor están completamente secas.

ALICIA.—Pero, mamá...

DOÑA B.—(A Samuel). Me dirás tú si no es hábil en el mentir. Los claveles que me mandó Carlota, da pena verlos.

SAMUEL.—Alicia, te doy el título de mujer.

DOÑA B.—Pero no le des el título de jardinera, pues es pésima.

almas, decir adiós a pueblecitos que apenas divisamos desde la ventanilla de un vagón en marcha... vivir siempre yéndose... marchándose...

DOÑA B.—¿Y acaso eso no fastidia?

SAMUEL.—Fastidiar, no. Pero a veces también siento vagos deseos de tener un rinconcito mío, en donde hayan



SAMUEL.—Para amparar nuestras dos penas bajo un solo consuelo

SAMUEL.—Ay, tía! Si en las Universidades pensarán como Ud., no tendríamos doctores.

ALICIA.—Pero si yo no quiero ser jardinera.

SAMUEL.—La jardinera es Lucía. Cuatro meses que cultiva una rosa de gloria.

LUCIA.—Y sólo para ti.

SAMUEL.—Gracias, prima.

DOÑA B.—¿Empezaron ya las frasecitas? No sean niños, ¿de qué hablaban?

ALICIA.—De que Samuel no piensa formalizarse jamás.

DOÑA B.—¿Pero es posible?

SAMUEL.—Sí y nó. Esta vida loca y revuelta me enloquece y apasiona, porque es algo venenoso y cautivador vivir dejando siempre atrás trozos de

objetos familiares... Cosas con olor a hogar...

DOÑA B.—¿Y no has pensado en tener una casa?

SAMUEL.—Sí.

ALICIA.—Ah! Con que me engañabas!

SAMUEL.—Ahora último lo he pensado mucho.

DOÑA B.—¿Mucho?

SAMUEL.—Sí, tía, pienso casarme.

DOÑA B.—¡Tú!

SAMUEL.—Yo.

DOÑA B.—Chico, tú sabrás.

SAMUEL.—Sí, tía, lo he pensado mucho.

ALICIA.—¿Y se puede saber quién es ella?

SAMUEL.—Te proclamo toda una mujer.

ALICIA.—¿Por qué?

SAMUEL.—Por lo curiosa.

ALICIA.—¿No se puede saber entonces, quién es ella?

SAMUEL.—Sí. Una muchacha francesa que conocí durante mi último viaje al sur.

DOÑA B.—¿Aventuras?

SAMUEL.—Nada. La historieta de amor más vulgar que Uds. pueden imaginar, sin melancolías ni plenilunios. Pero cuando se comienza a ver cercano los treinta años se siente deseos de tener un rincón de olvido, y se da uno más prisa en cazar la felicidad... Yo lo he pensado mucho. Es el primer problema que me ha hecho meditar en mi vida. Es una buena muchacha. Creo que me hará feliz...

LUCIA.—(Saltando de súbito la labor). ¡Pero qué torpe!

DOÑA B.—¿Qué te pasa?

LUCIA.—Me he pinchado. (Oprimiéndose la mano).

ALICIA.—En qué pensabas, alma de Dios?

SAMUEL.—Eso es lo que no quiere decir.

LUCIA.—Porque a ti no te interesa.

ALICIA.—¡Pobre Lucy! ¿Te duele?

LUCIA.—¡Vaya una pregunta!

SAMUEL.—Yo seré tu enfermero.

LUCIA.—¿Tú?... no.

SAMUEL.—¿Por qué?

LUCIA.—Por que no!

SAMUEL.—¿Qué caprichosa eres!

LUCIA.—Puede ser.

DOÑA B.—¿Comenzaron ya?

SAMUEL.—No, tía.

DOÑA B.—Los jóvenes de hoy llenan las horas con palabrería y discusión.... Ustedes son insoportables. Nosotros no éramos así.

SAMUEL.—Es mal del siglo.

DOÑA B.—Que ustedes no tratan de remediar.

SAMUEL.—No podríamos.

DOÑA B.—¿Por qué?

SAMUEL.—Porque las juventudes de hoy tienen más experiencia que las de ayer, y por lo tanto son más desconfiadas y más nerviosas. Los jóvenes de hoy somos viejos desencantados con sangre moza en las venas... A veces en nuestros paliques apasionados sorprendemos ternuras de abuelo, y en nuestros labios cuadra tan bien la agilidad de un píropo como la prudencia de un consejo...

DOÑA B.—Y sobre todo el palique. Alicia, ve a ver si Ester ha preparado el chocolate. (Sale Alicia).

ESCENA VIII

Los mismos, menos Alicia

SAMUEL.—¿Qué mala idea tiene formada de nosotros!

DOÑA B.—Pero si tú mismo te confesas.

SAMUEL.—Lo que me demuestra sincero.

DOÑA B.—¿Tú eres sincero?

SAMUEL.—Sí.

DOÑA B.—Entonces me vas a decir qué tomas, ¿chocolate o té?

SAMUEL.—Me es indiferente, tía.

DOÑA B.—Y tú, Lucía, no piensas ponerte nada en la mano.

LUCIA.—Un poco de alcohol.

DOÑA B.—Pues anda a buscarlo.

LUCIA.—Si no sé en dónde está.

DOÑA B.—Creo que lo dejé en el dormitorio de Alicia. (Llamando). ¡Alicia! (Dirigiéndose a Samuel). Bueno, ¿en qué quedamos? ¿chocolate o té?

SAMUEL.—Me es indiferente, tía.

DOÑA B.—¡Pero qué porfiado eres!

SAMUEL.—No se preocupe de mí, que todo lo que viene de su mano lo encuentro bien.

DOÑA B.—Galanterías a mí. (Llamando). ¡Alicia!

LUCIA.—¿En dónde se ha metido Alicia?

DOÑA B.—Tendré yo que ir a buscarla. (Sale).

ESCENA ULTIMA

Dichos, menos doña Berta

SAMUEL.—¿Me perdonas, Lucía?

LUCIA.—¿De qué?

SAMUEL.—De que te haya herido por bajarme el bordado.

LUCIA.—¡Vaya! Tú no eres culpable.

SAMUEL.—Naturalmente, culpable no soy, pero temo que me guardes un secreto rencorcillo...

LUCIA.—Rencor, no, si la torpe fui yo...

SAMUEL.—¿Por qué?

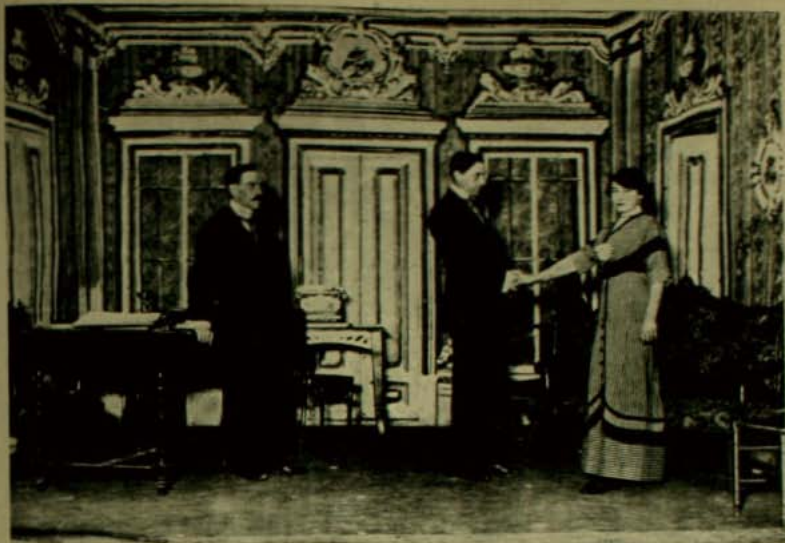
LUCIA.—Por soñar locuras...

SAMUEL.—Supongo que ahora me contarás qué locuras son esas.

LUCIA.—No!

SAMUEL.—Eres implacable; pero ¿concluirás el bordado?

LUCIA.—Tampoco.



SAMUEL.—Adiós, Lucía.

LUCIA.—Felicidad, Samuel!...

SAMUEL.—(Extrañado). ¿Pero por qué?

LUCIA.—Por que no.

SAMUEL.—Lucía, tú me guardas rencor.

LUCIA.—No.

SAMUEL.—Pero a ti te pasa algo, estás muy rara, tén confianza en mí, cuéntame, ¿qué tienes?

LUCIA.—Nada.

SAMUEL.—Entonces, concluye la rosa.

LUCIA.—Te digo que no.

SAMUEL.—¿Nunca?

LUCIA.—Nunca.

SAMUEL.—Pero qué caprichosa eres. (Toma el bordado y lo observa). Yo no te conocía.

LUCIA.—Tienes razón, no me conocías...

SAMUEL.—La primita loca y dócil de hace ocho años, ha cambiado mucho...

LUCIA.—La han hecho cambiar...

(Un instante de silencio)

SAMUEL.—(Llevando el bordado). ¡Hubiera sido tan bello!

LUCIA.—Verdad... ¡Hubiera sido tan bello!

SAMUEL.—Mira. Dámelo así. Se lo llevaré a mi futura mujercita para que tenga un recuerdo tuyo.

LUCIA.—¿Para qué?... Acaso ella tenga también entre sus recuerdos un bordado inconcluso como el mío...

TELON

CUADRO SEGUNDO

(Han transcurrido tres años. En la casa de Lucía pasa la escena. Salita de recibo elegantemente amueblada. Una mesa al centro con revistas, periódicos, y recado de escribir).

ESCENA I

Samuel y criado

ORIANO.—Pase, señor.

SAMUEL.—¿Está Lucía?

ORIANO.—Sí, señor, voy a avisarla.

SAMUEL.—Supongo que no estará ocupada.

ORIANO.—Creo que no, señor; tenga la bondad de tomar asiento.

SAMUEL.—¿No sale Lucía en las tardes?

ORIANO.—No. El señorito llega pronto y trabajan.

SAMUEL.—(Sorprendido). ¿Trabajan?

ORIANO.—Sí, señor.

SAMUEL.—¿Y qué trabajan?

ORIANO.—El señorito trae papeles de la oficina, y aquí se pasan las tardes encerrados entre números.

SAMUEL.—¿Lucía también trabaja?

ORIANO.—Sí, señor.

SAMUEL.—¿Y no sale?

ORIANO.—Nunca.

SAMUEL.—Ve a llamarla.
CRIADO.—Voy, señor. (Sale).

ESCENA II

Samuel y Lucía

LUCIA.—Buenos días, Samuel.
SAMUEL.—Hola, prima, buenos días.
LUCIA.—¿Cómo fué este milagro?
SAMUEL.—¿Milagro, Lucía?
LUCIA.—Es claro, no creí que vendrías a verme.
SAMUEL.—¿Por qué?
LUCIA.—Por que... por que nó.
SAMUEL.—¡Vaya! Tenía muchos deseos de verte otra vez. Mi visita de ayer fué demasiado breve.
LUCIA.—Se te agradece.
SAMUEL.—¿Has sabido de la tía?
LUCIA.—Sí. Ayer fui a casa. Ella no sabía que tú estabas aquí.
SAMUEL.—Y tú se lo dijiste.
LUCIA.—Es claro. Pero siéntate!
SAMUEL.—(Sentándose). Te encuentro más delgada.
LUCIA.—Lo mismo yo a ti.
SAMUEL.—Pero para estar así yo tengo causas... los viajes... las inquietudes...
LUCIA.—El amor muerto...
SAMUEL.—Eso ya pasó... ¿Y tu marido?
LUCIA.—Debe llegar pronto.
SAMUEL.—Yo sólo lo conocí ayer.
LUCIA.—Lo sabía. Pero, cuéntame como te fué en el viaje.
SAMUEL.—Novelería, Lucía, pura vida de novela. Después de la ruptura, tratando de curarme radicalmente, he viajado estos tres años.
LUCIA.—No creí que se iba a deshacer tu boda.
SAMUEL.—¿Por qué?
LUCIA.—Te ví tan ilusionado la última vez que fuiste a vernos.
SAMUEL.—Entusiasmado, dices bien, pero la vida se encarga de barrer todos los entusiasmos.
LUCIA.—¿Pesimista, ya?
SAMUEL.—Pesimista no, pero con un poco menos de fuegos artificiales en la cabeza.
LUCIA.—En tres años...
SAMUEL.—En tres años se puede vivir mucho, Lucía.
LUCIA.—Lo sé.
SAMUEL.—Todavía no lo puedes saber tú.

LUCIA.—¿Por qué no?
SAMUEL.—Porque no has sufrido.
LUCIA.—¿Tanto me conoces?
SAMUEL.—¿Ya lo ves!
LUCIA.—Creo que estás equivocado.
SAMUEL.—¿Me vas a confesar que eres una mártir?
LUCIA.—(Riendo). No, eso no, pero...
SAMUEL.—¿Pero qué?
LUCIA.—¿Te interesa mucho conocer mis secretos?
SAMUEL.—Sí, porque te quiero.
LUCIA.—No te los diré.
SAMUEL.—Sí.
LUCIA.—No te los diré.
SAMUEL.—Dímelo, Lucía, ¿acaso no tienes confianza en mí?
LUCIA.—Confianza, sí...
SAMUEL.—Entonces, confiéstate conmigo. Nosotros tenemos derecho a decirnos lo que callamos ante los demás. ¿No eres feliz?
LUCIA.—Me lo preguntas tan de improviso que me da miedo contestarte.
SAMUEL.—No seas tonta. Si tienes penas, contándolas se quitan. En las confesiones se echa a volar el alma, la pobre alma delirante que siempre llora por volar...
LUCIA.—Poeta, siempre poeta.
SAMUEL.—Y contigo más poeta que con nadie, porque a ti te quiero con cariño fraternal y también con un manso amor de novio adolescente.
LUCIA.—¡Tonto!
SAMUEL.—Sí, Lucía, te quiero así, y por lo mismo te pido que me digas si eres feliz.
LUCIA.—¿Para qué deseas saberlo?
SAMUEL.—Para amparar nuestras dos penas bajo un sólo consuelo. Sé buena, Lucía; confiéstate conmigo, tal vez cuando me vaya sentirás el dolor de no haber desahogado el alma...
LUCIA.—¡Samuel!
SAMUEL.—¿Eres feliz, Lucía?
LUCIA.—¿Por qué nó?
SAMUEL.—Te pido una respuesta.
LUCIA.—Te la doy.
SAMUEL.—¿Eres feliz, Lucía?
LUCIA.—Sí.
SAMUEL.—¿Feliz?
LUCIA.—No, Samuel, no soy feliz.
SAMUEL.—¿Ves?
LUCIA.—No lo he sido nunca...
SAMUEL.—¿Ves?
LUCIA.—¿Y qué quieres?

SAMUEL.—Tu marido te adora.

LUCIA.—Sí, me adora.

SAMUEL.—¿Y tú?

LUCIA.—¡Samuel, fíjate en lo que me preguntas!

SAMUEL.—Díme, ¿le quieres tú?

LUCIA.—(Vagamente). Sí...

SAMUEL.—Sé franca... ¿le quieres?

LUCIA.—¡Samuel!

SAMUEL.—¿Le quieres?

yo me fui sin verlo... que esas tus manos piadosas, bordando, me esperaron llenas de ternura, de esa misma ternura que yo fui a buscar en donde no la había, y en donde nadie me esperaba.

LUCIA.—¿Qué culpa tienes tú!

SAMUEL.—La tiene la vida. Te encendió de sueños la cabeza mientras bordabas en tu ventana, para matarte des-



JUAN.—(Dictando). Marzo, 400 pesos, 10 centavos.

LUCIA.—Es bueno, es muy bueno, pero no he podido, no he podido quererle nunca...

SAMUEL.—¿Y por qué te casaste?

LUCIA.—¿Y qué hacía?

SAMUEL.—Esperar al que habías de querer.

LUCIA.—¡Esperar! Pobres de nosotras las mujeres, que vivimos en perpetua espera, esperando siempre al novio que soñamos una tarde después de leer una novela, y el novio no llega o llega demasiado tarde...

SAMUEL.—¿Y tú esperaste?...

LUCIA.—Bien lo sabes tú.

SAMUEL.—Ahora que la felicidad es imposible, me duele espantosamente el pensar que el amor pasó a mi lado y

pués todas tus ambiciones, al lado de un hombre vulgar que ríe y que no sueña, y que cree que te hace feliz porque no sabe que sus labios llaman felicidad lo que tus ojos traducen resignación.

LUCIA.—Samuel, no seas cruel con Juan.

SAMUEL.—Lo soy porque te quiero, y porque pienso que por un capricho del amor que llega siempre tarde, no fuimos felices nosotros cuando...

LUCIA.—(Interrumpiéndole). ¡Loco!

SAMUEL.—Loco, sí, por tí. Y ya que la vida en los dos ha dejado inconcluso el bordado de nuestros sueños, y ya que tenemos que vivir lejos uno del otro y siempre fastidiados por la monotonía de no sufrir de amor, vengo para

que me digas que me quieres... y me voy...

LUCIA.—¡Samuel!

SAMUEL.—Sí, sé buena. Sincérate. Deja volar el alma deseosa de volar, y tal vez esta hora de dulce intimidad, iluminará de consuelo todo tu futuro.

LUCIA.—O de arrepentimiento.

SAMUEL.—No, Lucía, tú no eres sincera, tú, por los deberes que te impuso otro corazón, sacrificas los deberes del tuyo.

LUCIA.—¿Del mío?

SAMUEL.—Sí, amar.

LUCIA.—Y si lo sabes, ¿por qué no callas?

SAMUEL.—Porque quiero que seamos un instante felices.

LUCIA.—¿Para vengarte de la vida?

SAMUEL.—Para vengarme de la vida.

LUCIA.—¿Qué cosas me pides!

SAMUEL.—¿Quieres? (*Se acerca y le toma las manos*).

LUCIA.—No seas loco!

SAMUEL.—¿Quieres?

LUCIA.—¿No seas loco!

SAMUEL.—La felicidad... y después... ¿Qué importa!

(*Se escuchan pasos afuera*)

LUCIA.—¡Eh!

SAMUEL.—(*Soltándola*). ¿Quién?

LUCIA.—Juan!

ESCENA III

Dichos y Juan

JUAN.—Buenas tardes.

LUCIA.—Buenas.

(*Juan y Samuel se saludan ceremoniosamente*).

JUAN.—¿Siéntese... ¿Está fatigado aún?

SAMUEL.—(*Sentándose*). He descansado algo.

JUAN.—¿Hermoso el viaje?

SAMUEL.—Sí... algo...

JUAN.—Yo recorrí ese trayecto hace tres años cuando iba comisionado por el Gobierno para estudiar la explotación del salitre.

SAMUEL.—En esa época era mucho más pintoresco.

LUCIA.—Ah! Yo lo conocí también entonces... Era muy bello!

JUAN.—¿Pero cómo en tres años ha cambiado tanto?

SAMUEL.—Es verdad... sólo en tres años... pero ha cambiado mucho...

JUAN.—Es posible que yo vuelva a hacer ese viaje, pues una casa exportadora de vinos que acaba de fundarse con un fuerte capital, es posible que me comisione para hacer una completa estadística de la producción vinícola anual.

LUCIA.—¿Y harás este año el viaje?

JUAN.—La casa importadora sólo espera solucionar un pleito que tiene con el banco, sobre una venta de acciones, para enviarme.

LUCIA.—Entonces tendrás que esperar.

JUAN.—Puede ser. (*A Samuel*) ¿Y Ud. piensa seguir viaje?

SAMUEL.—Sí, pasado mañana.

LUCIA.—¿Tan pronto?

SAMUEL.—Sí, porque tengo que arreglar varios asuntos en Santiago. (*Consultando el reloj*) Y tengo que marcharme.

LUCIA.—¿Ya?

SAMUEL.—Sí. Sólo he pasado a saludarlos porque el tiempo me falta, y además sé que Uds. trabajan en las tardes.

JUAN.—Sí, trabajamos, pero eso no quita.

SAMUEL.—Ruego que me perdone.

LUCIA.—Sí tú te empeñas.

SAMUEL.—Por el tiempo, Lucía.

JUAN.—No queremos, entonces, quitarle el tiempo. En la vida hay que ser puntual.

LUCIA.—Aunque la vida no lo sea.

SAMUEL.—Bueno, señor, me tiene a sus órdenes. (*Se despide*). Adiós Lucía...

LUCIA.—Felicidad, Samuel!...

ESCENA IV

Dichos menos Samuel

JUAN.—(*Cerrando las puertas*). Trabajaremos.

LUCIA.—(*Sentándose junto a la mesa*). Bueno.

JUAN.—(*Tomando algunos papeles*). Quedamos en las ventas del año 1910.

LUCIA.—Sí.

JUAN.—¿Lista?

LUCIA.—(*Preparándose para escribir*). Sí.

JUAN.—(*Dictando*). Enero, 544 pesos, 60 centavos.

LUCIA.—(*Escribiendo*). 544 pesos, 60 centavos.

JUAN.—Febrero, 866 pesos, cero centavos.

LUCIA.—866 pesos, cero centavos.

JUAN.—Marzo, 400 pesos, 10 centavos.

LUCIA.—400 pesos, 10 centavos...

(TELON LENTO)